

Los «otros archivos», futuro y funciones

RICK PRELINGER

Este ensayo, en palabras de su autor, se centra en los «otros archivos» como «una expansión democrática del trabajo archivístico, con la esperanza de abrir el debate entre los archiveros, pero también entre estos y las personas ajenas a la profesión». Estamos ante los archivos de lo cotidiano, que hoy día se encuentran en datos de los GPS, imágenes personales tomadas con los móviles, registros de nuestra actividad de consumo, actividad bancaria, registros policiales y de vigilancia, las huellas que dejamos en las redes sociales y en nuestras búsquedas en la web. En suma, una inabarcable cantidad de datos que nos enfrenta a no pocos problemas de sistematización e incluso éticos.



Rick Prelinger, autor de este artículo.

Foto: © Wikipedia.

Hablar a la ligera del «futuro de los archivos» es congelar, bloquear su presente. Esa invocación del futuro implica diferencia y cambio y la mayoría de los debates, en una tónica deliberadamente futurista, eligen un menú limitado de posibilidades, a menudo cualitativas: el futuro será mejor, peor o muy parecido al presente. Todo esto sería un entretenimiento inofensivo si el acto de predecir no estuviera tan estrechamente ligado al poder de cambiar y controlar las agendas. Cuando los expertos proponen agendas que convienen a los responsables de la toma de decisiones, a menudo se les delega el poder de ser ellos mismos los responsables de esa misma toma de decisiones. Y así, el futuro se convierte en un acto de performatividad territorial, un medio de reclamar el espacio no solo para predecir sino también para cambiar el propio espacio. Del mismo modo, al hablar de los «otros archivos» se corre el riesgo de despojarlos de su singularidad, de borrar

su diferencia, de absorberlos o asimilarlos a la corriente principal. Ese no es mi objetivo. En su lugar, hablo de materiales y perspectivas que no han sido aceptadas por los depósitos culturales establecidos y cuya incorporación promete llevar el trabajo de archivo a nuevas áreas, incluir el trabajo de los colecciones no tradicionales que ya se está realizando y ampliar las comunidades a las que sirven los archivos.

Al mismo tiempo siempre es interesante considerar las distintas posibilidades en materia de archivos. Y al pensar en la coexistencia continua de lo residual y lo emergente (hablando en términos de Raymond Williams) es posible imaginar una colección caleidoscópica de futuros archivísticos derivados de diferencias culturales, de la lucha social o de la innovación tecnológica. Se puede pensar en el desarrollo de archivos como un movimiento a lo largo de diferentes espectros: el espectro de acceso a los archivos, desde la opacidad y el ocultamiento totales hasta la transparencia y la disponibilidad completas; el grado de centralización, desde un único depósito nacional hasta una multitud de fondos comunitarios; el modo de gestión, desde el jerárquico hasta el horizontal; el alcance de la recopilación, desde los registros institucionales del poder hasta las áreas que visibilizan las comunidades menos documentadas y sus actividades; la implicación intelectual y social de las personas en los archivos que documentan sus vidas y comunidades, desde la indiferencia hasta el compromiso más activo; etc. En resumen, los esquemas lineales y preconcebidos sobre las posibilidades futuras de los archivos limitan la imaginación y refuerzan las jerarquías de control existentes. El comportamiento y las funciones de los archivos y los archiveros —el trabajo que realmente realizan

y cómo lo hacen— proporciona un conjunto de indicadores más significativo en torno al cual proponer posibles escenarios de futuro. Las normas y las descripciones institucionales, aunque puedan cambiar, nos dicen poco sobre lo que los archivos hacen realmente, y aún menos

sobre lo que estos podrían hacer. Es en este contexto en el que hablo de «otros archivos».

Los debates sobre el futuro de los archivos resultan más interesantes cuando se liberan de las condiciones del presente. Cuando los archiveros y artistas *afrofuturistas* critican la organización de los archivos y el trabajo archivístico en función de líneas temporales históricas vinculadas al Occidente colonizador; cuando tanto la recopilación como el acceso se guían por las creencias, preocupaciones y necesidades de la comunidad en lugar de por los principios elaborados por los organismos de normalización y los funcionarios; cuando los documentos de archivo ausentes desempeñan un papel tan central y significativo como los que están físicamente fijados y presentes; cuando los documentos de archivo personales desempeñan un papel igual al de los documentos de archivo institucionales; todos estos avances nos llevan a futuros muy prometedores. Cada uno de estos ejemplos, y hay otros, también nos señalan uno de los avances más significativos de los últimos años: que los archivos se han convertido no solo en un lugar de recogida de registros de luchas sociales y culturales, sino en el escenario de las propias luchas.

Es posible imaginar una colección caleidoscópica de futuros archivísticos derivados de diferencias culturales, de la lucha social o de la innovación tecnológica

Así pues, cuando imaginamos cómo será el futuro de los archivos, no podemos limitarnos a pensar en ese tipo de instituciones que emplea a legiones de trabajadores, envía delegaciones a congresos profesionales, construye páginas web muy complejas y recibe ayudas del Estado. Del mismo modo que podemos pensar en la historia como una lucha de poder continua y una serie de tiras y aflojas entre comunidades sociales y culturales, también se puede pensar en el ecosistema de los archivos como en un sistema dinámico basado en la diferencia y la controversia y sostenido por ellas, en lugar de en un ecosistema basado en la armonía. Esto abre un panorama de futuros que no solo promete cambios, sino también un debate de lo más entretenido.

Este ensayo se centra en los «otros archivos» como una expansión democrática del trabajo archivístico, con la esperanza de abrir el debate (o continuar el que ya ha comenzado) entre los archiveros, pero también entre estos y las personas ajenas a la profesión. Aunque algunos de estos temas están siendo debatidos de forma activa por los trabajadores de los archivos en la literatura profesional y en los medios sociales, cada uno de ellos resuena mucho más allá del espacio de los archivos y necesita ser discutido en los círculos académicos, intelectuales y públicos. Aunque existe una fascinación pública por los archivos y la actividad archivística en general, como demuestran la prensa y la difusión generalizada de los descubrimientos archivísticos a través de las redes sociales, pocas personas fuera del ámbito propiamente dicho parecen preocuparse mucho por los problemas a los que se enfrenta, algunos de los cuales son graves. Mi visión es global y espero que los

lectores disculpen mis particularidades y posicionamientos.

La gravedad de las cuestiones a las que se enfrentan los archivos en la actualidad y las personas que trabajan en ellos no significa que la práctica archivística tenga que ser som-
bría. De hecho, es una pers-

pectiva apasionante ampliar la labor de recopilación de los archivos para abarcar a las comunidades sin voz o mal documentadas y los documentos creados por individuos y familias, al igual que la posibilidad de reconstruir los archivos como organizaciones que toman su dirección de las comunidades a las que sirven. Esos «otros archivos» son un lugar de alegría, sobre todo cuando se alejan de las condiciones que empujan a los trabajadores de los archivos a posiciones precarias y socialmente insostenibles y que no respetan sus capacidades ni su compromiso.

Los documentos de archivo tanto personales como comunitarios se presentan en todos los formatos posibles y encuentran constantemente nuevas formas de conservación

ARCHIVOS DE LO COTIDIANO

Los «otros archivos» son, o deberían ser, todo aquello en lo que normalmente no pensamos cuando repasamos nuestras ideas sobre los archivos. Si los archivos establecidos que atienden criterios heredados de procedencia y ordenación poseen tanto poder social, los «otros archivos» son los que se comportan de forma diferente, los que están menos organizados, quizá constituidos de forma más embrionaria o se encuentran en una fase aún temprana de desarrollo. Aunque podrían albergar infinidad de tipos de registros,

propongo que pensemos que están compuestos sobre todo por registros personales y comunitarios, que contienen documentos de la vida cotidiana generados o reunidos por personas no necesariamente vinculadas con los trabajos oficiales de recopilación.

Dependiendo de cómo se quieran definir los archivos, este tipo de colecciones puede tener una larga historia. Se puede argumentar, por ejemplo, que las pinturas rupestres de hace 40.000 años son los primeros ejemplos de archivos personales y que las últimas fotos que tienes en tu móvil serían los más recientes. Las colecciones personales superan con mucho a los archivos formales. Pero aparte de estas colecciones acumuladas de forma espontánea o natural, existe un sinfín de ejemplos de depósitos personales de textos, imágenes, sonidos, vídeos y objetos que se reúnen con algún tipo de intención de cara a la posteridad. Y luego están los que son mucho más sistemáticos: álbumes de fotos, álbumes de recortes, perfiles personales de Facebook, colecciones familiares de películas y vídeos caseros. Muchos se preguntarán por qué parezco equiparar las colecciones personales de materiales dispares con los archivos, que son depósitos caracterizados por atributos que, aunque discutibles, se definen de cierta manera: procedencia, disposición, evaluación del valor permanente, etc. La respuesta, creo, está en el valor retrospectivo. Si los archivos se justifican por el uso y si el potencial de uso viene determinado por el hecho de su uso en el futuro, es muy probable que las colecciones personales acaben teniendo valor archivístico o funcionen como archivos. O, tal vez, funcionen como tales cómo y dónde los archivos no llegan a hacerlo.

En los últimos años, los archivos formales han tratado de adaptarse al registro generado por los individuos en su vida cotidiana. Solo han tenido un éxito parcial. Los documentos de archivo tanto personales como comunitarios se presentan en todos los formatos posi-

Tenemos que fusionar lo colectivo y lo personal. La cultura efímera es como el aire: todos la inhalamos y la exhalamos, y no se detiene ante la puerta institucional

bles y encuentran constantemente nuevas formas de conservación. Los documentos de archivo personales pueden ser físicos o digitales, y de hecho habitan en un espectro de registro personal que quizá comienza en la era analógica más profunda: arañazos en la arena, tablillas de arcilla, fragmentos de papiro, grafitis, etc., y que luego se extiende a las cartas, las postales, los diarios, después a las películas y vídeos caseros, a los medios digitales contemporáneos y, finalmente, a los medios digitales (y posdigitales) que podríamos esperar (o no) en el futuro. En la actualidad, el registro personal es generado por un conjunto de dispositivos de captura y recopilación de datos que proliferan de forma salvaje: cámaras de conducción, cámaras corporales (las *Google Glass* fueron solo un primer intento), relojes inteligentes, rastreadores de GPS y de localización; datos de localización y metadatos de teléfonos, etc.; transmisiones de circuitos cerrados de televisión; datos personales procedentes del 'Quantified Self'¹; endoscopias; ecografías; ondas cerebrales (no en el corto plazo); telemetría médica. Estos ejemplos documentan los cuerpos y sus movimientos, pero muchos sistemas remotos o gestionados a distancia de

los individuos también documentan las actividades sociales y económicas de las personas: los registros de consumo, bancarios y de crédito, los registros policiales y de vigilancia, los múltiples rastros que dejamos a través de las redes sociales y nuestras búsquedas en la web, e incluso los rastros de nuestras actividades económicas que se quedan en el *blockchain*. Como constató Facebook al lanzar su *Timeline*, los archivos personales no solo se componen de los registros que uno produce, sino del relato de los registros que uno consume (vídeos, música, páginas web, etc.).

Cualquier colección de registros personales que se base únicamente en objetos de archivo estándar como documentos en papel, correo electrónico, trabajos creativos o fotografías es intrínsecamente incompleta. O, para ser benévolos, muy selectiva. No es fácil imaginar un «retrato» archivístico de un individuo, ya que muchas cosas son por fuerza efímeras, imposibles de recopilar, remotas o embargadas. ¿Hasta qué punto queremos registrar la vida cotidiana? ¿Qué registros son relevantes, cuáles tienen un valor permanente? ¿Cuáles son las diferencias cualitativas entre los datos de nivel inferior, o menos característicos, como los del GPS que rastrean los movimientos físicos de una persona, y los que parecen más ricos desde el punto de vista humano, como los diarios y las agendas? ¿Podemos distinguir entre la minería de datos y la investigación académica ahora que ambas se han fusionado en las humanidades digitales y en otros ámbitos? Si pudiéramos registrar una gran cantidad de vidas con el nivel de detalle con el que el diarista Samuel Pepys registró la suya en el siglo XVII, esto sería un recurso tremendamente valioso en el tiempo, pero ¿en cuánto tiem-

po, y para quién? La suma de nuestros movimientos y consumos es objeto de análisis de datos a cada minuto con fines comerciales, pero ¿puede considerarse el conjunto de datos comerciales como un archivo propiamente dicho? ¿Constituiría entonces el uso comercial de estos datos consultas de archivo?

En cierto modo, al pensar de forma holística en los registros generados personalmente y de cara a la comunidad, se corre el riesgo de pensar en los archivos en términos muy generales y excesivamente inclusivos, al igual que los teóricos y los artistas suelen hablar del «archivo» de una manera que tiende a eludir y borrar el trabajo de archivo sin tener en cuenta cómo estas entidades valoran, organizan, preservan y proporcionan acceso a los fondos que conservan.

En muy pocas ocasiones los profesionales de los archivos se ocupan de este tipo de cuestiones más amplias y generales y no porque las ignoren, sino porque a menudo no son muy factibles. Pero si pensamos y trasladamos estas cuestiones fuera del ámbito de los archivos institucionales, podríamos animar y apoyar a individuos así como a organizaciones comunitarias a articular sus colecciones con una orientación local. Así como los observadores locales de la naturaleza realizan observaciones de su entorno que se agregan a las bases de datos nacionales e internacionales, así como los catálogos colectivos agrupan las ayudas para la búsqueda de centros de distinto tamaño en un único corpus consultable, y así como

Los archivos son, o deberían considerarse, productores de cultura. Como archiveros, no sólo servimos a los que nos rodean, sino también a los que aún no han nacido

proyectos como California Revealed (<https://californiarevealed.org/>) animan a los archivos locales a presentar documentos relevantes para su digitalización, las colecciones colectivas pueden beneficiar a sus constituyentes directos a la vez que sirven para construir una imagen de conjunto más amplia.

Gran parte de nuestra reflexión sobre los archivos personales está dominada por la influencia de las redes sociales como Facebook, Instagram, Twitter, TikTok, YouTube, Discord, Slack. Al final se trata de empresas que administran *corpus* digitales en diversos formatos y en constante crecimiento y que también funcionan como depósitos por defecto de información personal. La mayoría de los materiales de estas redes no es gratuita o enteramente recopilables ni siquiera por los titulares de las cuentas, pero se ponen libremente a disposición de las fuerzas del orden y los organismos de investigación. Puedo descargar lo que se etiqueta como mis datos de Facebook, pero lo que se proporciona es una instantánea de baja resolución de mis propias publicaciones que incluye únicamente mis propias contribuciones a grupos y debates. A la mayoría de los usuarios les resulta difícil hacerse con un registro completo de los mensajes de texto y conservarlo.

Otros datos personales menos obvios son también importantes para elaborar una crónica de la vida. Los datos de consumo de recursos (agua, alcantarillado, energía) y el historial de viaje que mantienen las empresas de transporte compartido, las aerolíneas, los sistemas de peaje electrónico y de emisión de títulos de viaje, se vinculan de forma interesada con otra documentación de acontecimientos y tendencias personales. Estas categorías de datos son objeto de captura y cálculo más que de autoría, normalmente realizadas por máquinas

que hablan con otras máquinas. Puede que captemos nuestros viajes en coche a través de una cámara GoPro en el salpicadero, pero nuestras matrículas son leídas por lectores fijos y móviles en muchas ciudades y nuestros correos electrónicos y textos son captados por agencias financiadas con fondos públicos mientras se propagan por la red.

Los archivos establecidos, formales, no estaban a la altura de los retos y la escalada que supone la recopilación de datos personales y comunitarios

¿Será que nos perdemos en trivialidades cuando hablamos de este tipo de registros? Es posible que los responsables de los archivos institucionales se echen a temblar ante la perspectiva de tener que empezar a recopilar este tipo de informaciones tan minuciosas y cotidianas. ¿Contribuyen esos datos a señalar la relevancia y legitimidad de los archivos o, por el contrario, la socavan? Siguiendo a autores como Foucault, los teóricos de la archivística hablan con frecuencia de la legitimidad o autoridad que entrañan los archivos, pero creo que la naturaleza de esta autoridad está cambiando. Nos estamos acercando a un momento, si es que no lo hemos alcanzado ya, en el que el valor histórico y de investigación de los registros personales y las microhistorias —formen parte o no de narrativas de mayor magnitud— rivalizan con el valor que otorgan los registros tradicionales, tales como los registros oficiales e institucionales, los de diversos colectivos y los que son producto de las industrias culturales. Si las leyes y las costumbres lo permiten, podríamos predecir que la mayoría de las consultas de archivos pronto se centrarán en los registros personales. Teniendo

en cuenta las redes sociales en línea, es probable que ya sea así. (Mientras escribía este párrafo, he pedido a Instagram un volcado de mi cuenta y lo he añadido a mi carpeta de archivos digitales personales). La *Trilogía marciana* del escritor de ficción especulativa² Kim Stanley Robinson se desarrolla en un mundo en el que la vida humana se ha conseguido alargar hasta alcanzar varios siglos, pero la extensión de la memoria no le ha seguido el ritmo. El resultado es que muchos personajes de la novela se ven abocados a intentar reconstruir acontecimientos que tuvieron lugar hace más de un siglo para lo cual buscan con frecuencia en las bases de datos. Curiosamente, casi todas las búsquedas hacen referencia a registros y datos personales. El interés actual por la genealogía y la historia familiar hace que muchas búsquedas en archivos se dirijan a registros personales en lugar de institucionales o, cuando son institucionales, a registros que describen directamente la vida de los individuos. ¿Podríamos decir que en el futuro los documentos personales tendrán más interés histórico y de investigación que los institucionales? ¿Languidecerán los registros institucionales?

Tal vez resulte más práctico pensar en fusionar los esfuerzos para recopilar «material de archivo personal» con el material de archivo institucional. Al considerarlos como dos tipos diferentes de registros, se acepta una asimetría creciente en el conjunto histórico, especialmente en una época en la que se empieza a reconocer ampliamente que las historias institucionales están muy lejos de documentar la experiencia vivida y social. Nos hemos centrado en el fondo más que en la superficie. Los dos tipos de archivos constituyen dos formas opuestas, aunque codependientes,

de abordar el pasado y plantean un reto necesario. No podemos limitarnos a recopilar y exponer documentos procedentes de medios de comunicación, registros institucionales y gubernamentales y llamar a eso historia. Tenemos

que fusionar lo colectivo y lo personal. La cultura efímera es como el aire: todos la inhalamos y la exhalamos, y no se detiene ante la puerta institucional.

El futuro de los «otros archivos» se encuentra fuera de los sistemas heredados de poder y control de los archivos

LUCHAS Y RIESGOS

La cuestión de los «otros archivos» no solo está plagada de dificultades teóricas y técnicas. La intención de reunir documentos personales y hacerlos públicos comporta complejos y a menudo irresolubles dilemas en torno a la intimidad, la seguridad, la prudencia las diferencias de poder y los traumas. Los historiales personales a menudo deben ser privados y hay razones para no recopilarlos tanto para los archivos como para los organismos y empresas que elaboran expedientes de hechos y antecedentes susceptibles de perjudicar a las personas. Los peligros que puede suponer la exposición irreflexiva o incontrolada de los registros personales de las redes sociales se pusieron de manifiesto en el transcurso de las luchas estadounidenses por la justicia racial, especialmente tras el asesinato de Michael Brown en Ferguson (Misuri) en el año 2014. El registro de la violencia estatal supone un reguero interminable de traumas para los implicados y para los que se ven a sí mismos en los rostros y en los cuerpos de sus víctimas. Y, en otro orden de cosas,

la ingenuidad digital de muchos de los activistas antigubernamentales que invadieron la capital el 6 de enero de 2021 se puso de manifiesto en los abundantes rastros que dejaron en las redes sociales y en el rastreo de su ubicación, pruebas que han permitido imputar a unas 400 personas en la causa.

Una ética comunitaria ha surgido alrededor de la vulnerabilidad que lleva implícita la recopilación y exposición de numerosos datos personales: consiste en ser cauteloso; no hacer daño, en la medida de lo posible; y proteger a los menos poderosos de la violencia traumática y estatal. Los «otros archivos» tendrán que gestionar durante algún tiempo las relaciones que celebran la lucha y la resistencia y los innumerables peligros que entrañan los expedientes personales. Por el momento, no se puede recurrir a la ley de privacidad, especialmente en el caso de Estados Unidos, que protege sobre el papel los derechos individuales, pero también la capacidad de las empresas y los intereses estatales para recopilar y retener datos sobre todos nosotros. Se trata de un equilibrio asimétrico e insostenible, y parece que estamos muy lejos de poder renegociarlo de forma más democrática. Más aún cuando las leyes no ofrecen una protección sin fisuras de los intereses de los individuos objeto de archivo. Podríamos plantear la hipótesis de que muchas personas se muestran menos preocupadas a la hora de compartir sus propios archivos (y a ceder el control sobre la información básica) que a la hora de ceder el control sobre las narrativas y las líneas temporales que pueden calcularse o ensamblarse a partir de los datos personales. Tal vez la construcción de dichas narrativas suponga mayores riesgos que la mera exposición.

Los datos personales suponen un problema para la práctica archivística. Para quienes hemos estado buscando una oportunidad para criticar o incluso politizar los flujos de trabajo de los archivos, reorientar la actividad archivística habitual, las jerarquías archivísticas y las relaciones de poder tal y como se inscriben en los archivos o se llevan a cabo en ellos, los «otros archivos» serán un lugar donde nacerán nuevas prácticas. ¿Se volverán a asimilar estas prácticas o serán capaces los «otros archivos» de conservar su alteridad? ¿Es posible que tengamos que encontrar un nuevo paradigma para pensar en los otros archivos que se aleje de los términos actuales de compromiso con el registro histórico? Se trata de una cuestión urgente, porque los archivos tienen un inmenso poder de transformación. Los archivos son, o deberían considerarse, productores de cultura. Como archiveros, no sólo servimos a los que nos rodean, sino también a los que aún no han nacido.

LA COMUNIDAD, EL NEXO DE LOS «OTROS ARCHIVOS»

Creo que las respuestas a muchas de estas difíciles cuestiones se pueden encontrar si se traslada el eje de gran parte de la práctica archivística de la burocracia a la comunidad. A medida que el movimiento de los archivos comunitarios en los Estados Unidos articula en la actualidad sus flujos y focos de trabajo, asistimos a una revitalización del pensamiento archivístico. Tanto si hablamos de una colección de saberes tradicionales y expresiones culturales en una comunidad nativa o indígena como de un rastreo de registros de redes sociales en un entorno históricamente de población negra, los «otros archivos» lidian constan-

temente con asuntos que son propiamente comunitarios. Diferentes comunidades querrán o necesitarán recopilar de manera diferente, diferentes materiales a diferentes escalas y con diferentes grados de profundidad. Las comunidades tendrán sus propias inquietudes con respecto a la supervivencia y a su capacidad de adaptación. Y las comunidades (con los archiveros como aliados) estarán en la mejor posición para trabajar en la resolución de estas cuestiones. Los archivos formales tienen ahora la gran oportunidad de aprender de organizaciones o proyectos menos consolidados y con menos poder, que pueden carecer de recursos pero no de ideas. El futuro de los «otros archivos» se encuentra fuera de los sistemas heredados de poder y control de los archivos.

Enormes retos pondrán a prueba a los «otros archivos» y su capacidad de adaptación. ¿Serán capaces de resolver las controversias actuales sobre el acceso a informaciones que pueden causar algún daño? ¿Sabrán encontrar nuevos modelos de trabajo en la práctica archivística que no estén basados en la descualificación y marginación de los trabajadores de archivo? ¿Podrán desarrollar nuevas formas de acceso a los archivos que se basen en la propiedad comunitaria de los archivos en vez de en el modelo jerárquico y de obediencia debida? ¿Qué recursos podrán movilizar los «otros archivos» para continuar con sus actividades? Un nuevo modelo de monetización (pensemos en las TNF2 y la *tokenización*) amenaza la viabilidad de las empresas archivísticas sin ánimo de lucro. Y, por último, la amenaza del cambio climático y su disrupción pone en entredicho todos los proyectos archivísticos.

Los «otros archivos» no son un fenómeno nuevo, pero han cobrado protagonismo porque lo merecen. Los archivos establecidos, formales, no estaban a la altura de los retos y la escalada que supone la recopilación de datos personales y comunitarios. Es imposible predecir cómo se conducirán los «otros archivos», pero su descentralización y capacidad de adaptación serán clave para la supervivencia y longevidad de los documentos personales y comunitarios. ■

Rick Prelinger es archivero, cineasta, escritor y educador. En la actualidad, es presidente y profesor de Cine y Medios Digitales en la Universidad de California, Santa Cruz.

<https://www.cccb.org/es/participantes/ficha/rick-prelinger/221516>

<https://archive.org/index.php>

Traducción: Pilar Gómez.

NOTAS

¹ La expresión 'Quantified Self' o 'yo cuantificado' se usa para describir el fenómeno del autoseguimiento y autoconocimiento personales a base de los datos que proporcionan aplicaciones y diversos *gadgets* de uso cotidiano a menudo relacionados con la salud y el rendimiento.

² En literatura, ficción especulativa no es exactamente el equivalente de ciencia ficción. Se trata de una denominación general que engloba diversos géneros de ficción con mayor grado de imaginación entre los que se encuentra la ciencia ficción, pero también géneros como el terror, la fantasía, así como utopías y distopías y la ficción apocalíptica.

³ TNF (*token* no fungible, del inglés *non-fungible token*). Un *token* es una unidad de valor creada por una entidad para relacionarse con sus productos. Una especie de ficha o de vale —en el mundo analógico— que se cambia por un servicio o producto. Un TNF es un tipo de *token* que representa algo único, no fungible, es decir no intercambiable. Sin embargo sí son transferibles, por lo que se usan para otorgar propiedad digital. Recientemente han sido noticias por su uso en el mundo del arte digital.